

Sección VII

La creación artística: del arte simbólico al activismo social

XXIV. El artivismo: la creación artística como herramienta contra la discriminación y como promotora del cambio social

Daniel Arzola¹

Antes de hablar de mi trabajo quiero hablar un poco de mi vida, porque están íntimamente relacionadas, ya que tuve condiciones de vida bastante particulares. Cuando hablamos de arte hablamos de comunicación. Cuando escucho esto, me hace mucho sentido porque yo aprendí a dibujar antes de aprender a hablar. Así que para mí el oficio de dibujar siempre fue algo orgánico. Las paredes de mi casa atestiguaron que aprendí a dibujar antes que a hablar.

Por otro lado, también pienso que el arte es una necesidad que aparece en algún momento de nuestras vidas. Yo crecí en un pequeño pueblo del estado de Aragua en Venezuela llamado Turmero. Era un lugar sin cines, sin teatro, sin grandes academias de arte, sin grandes bibliotecas. Y aun así lo primero que hice fue dibujar, lo que se convirtió en una manera de relacionarme con otras personas. Después de un tiempo y de atravesar por una experiencia traumática en mi adolescencia dejé de dibujar y me refugié en la poesía, que para mí es una forma de dibujar, pero con palabras.

En mi caso, a temprana edad y por razones equivocadas llamé mucho la atención y recibí muchas expresiones de odio en mi contra, a veces por mi manera de hablar, por mi manera de caminar, mi manera de ser, sobre todo por mi sexualidad. Llamé la atención por razones equivocadas, y digo razones equivocadas porque es muy estúpido odiar a una persona por algo que no puede cambiar; es muy tonto pensar que hay una sola sexualidad, una sola forma de ser, que hay un solo pensamiento, cuando somos en realidad un montón de cosas.

A los 10 años ya llevaba una etiqueta en la frente que alguien me había puesto y que provocaba burlas y yo no sabía por qué. Finalmente entendí que el chiste no era otro sino yo mismo en el entorno y la sociedad donde me tocó crecer. Crecí viendo las paredes de mi barrio con mi nombre escrito junto a insultos homofóbicos. Entonces dibujar se convirtió en un poder transformador de lo que estaba sintiendo, una manera de ganar la batalla. Siempre fui muy torpe con la palabra, pero al dibujar lograba una forma de representarme y de plasmar mejor mis sentimientos e ideas. Este poder transformador me ha acompañado hasta hoy en mi vida adulta.

Siempre he sido una persona callada. Las conversaciones más trascendentales que he tenido siempre surgieron a partir de mi creación artística. Por ello mi arte ha sido una manera de defenderme y de catalizar todo lo que siento. Y eso funcionó hasta que un día, a los 15 años, cuando venía de mi último día de escuela, un grupo de vecinos me ató a un poste eléctrico, me quitaron los zapatos, me bajaron los pantalones y me quemaron con cigarros y fuegos artificiales distintas partes de mi cuerpo. En ese momento también destrozaron mis dibujos: no solo estaban vulnerando mi cuerpo, sino también mi universo artístico.

Venezuela es un lugar donde la salvación es un asunto de suerte: buena suerte, te salvas; mala suerte, no te salvas. En mi caso se puede decir que tuve suerte porque logré sobrevivir ese incidente, aunque me dejó muy lastimado física y emocionalmente. Después de eso pasé seis años sin dibujar. Aquella vez logré romper los cables con los que me amarraron y corrí mientras mis vecinos se reían, porque para algunas personas lastimar a otros es gracioso.

Con el tiempo sentí que debía ser artista, que debía tratar de traducir lo que estaba sintiendo. Y es que en ese momento entendí que no solo el cuerpo es frágil, sino que también el arte es frágil; basta solamente un fósforo para marcar tu piel para siempre, y con un solo fósforo puedes destruir la *Mona Lisa*, pero no puedes destruir la imagen que tenemos de la *Mona Lisa*, porque el arte es conocimiento y el conocimiento trasciende.

Bajo esa premisa, crecí en un país que cada vez se iba alejando más de la democracia y se iba acercando a una dictadura. Cuando tenía 22 años me enteré de la historia de Ángel Prado, un chico de mi ciudad que fue quemado vivo por ser gay: le quemaron más del 60% de su cuerpo. Y ese no fue todo el abuso que Ángel Prado sufrió. Casi ningún medio de comunicación en Venezuela se atrevió a mostrar lo que había pasado, porque en la cultura venezolana la única forma de mostrar y representar a los “raros”, a la gente *queer*, a toda la comunidad LGBTQ+, es a través de la burla.

En las últimas décadas la única forma en la que se presenta a la comunidad LGBTQ+ en medios de comunicación venezolanos es a través de un estereotipo que se traduce en una sociedad que no respeta y no toma en serio a esta población. En esa misma Venezuela, la Venezuela donde el gobierno —y su principal representante en este momento—, el fascista-dictador Nicolás Maduro, ha utilizado constante y sistemáticamente el lenguaje homofóbico para atacar a todo aquel que piense distinto, sobre todo a la fracturada y dividida oposición venezolana. Solo hay que buscar en YouTube a Maduro diciéndole “maricón” a Henrique Capriles y pidiéndole “que sea un hombre”.

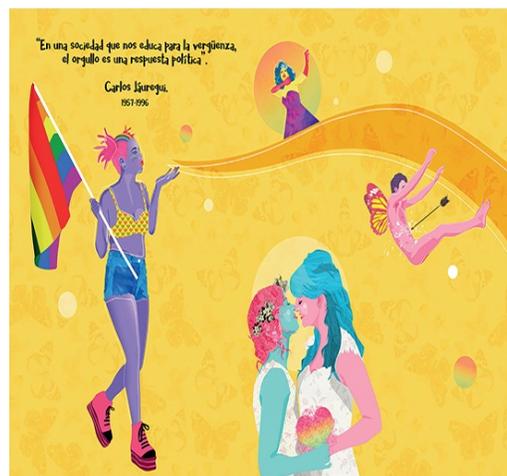


Figura 1. La voz que abrió el camino (2017).

Venezuela hoy en día está más allá de todos los números: es la Venezuela de los 600 presos políticos, de los 5 millones de desplazados y de los 25 000 asesinatos por año. Es la Venezuela sin una sola ley que reconozca y respete los derechos de las personas LGBTQ+; la misma Venezuela que se ríe del dolor de otros. En esa Venezuela mi existencia no estaba permitida, pero tenía yo algo que decir y solamente supe comunicarlo a través del arte.

Durante esos años lo único a lo que yo tenía acceso era a un instituto de diseño gráfico, donde una computadora con internet era mucho pedir; posteriormente tuve una formación en una escuela de arte, en medio de apagones y donde con suerte había agua en los baños. Pero más allá de eso tenía, y sigo teniendo, una idea en la cabeza: las escuelas y las universidades no hacen estudiantes, los estudiantes hacen a las escuelas y a las universidades. Porque a veces basta un buen profesor para que te cambie la vida, y yo tuve la oportunidad de tener dos profesores que me invitaron a ver más allá.



Figura 1. La voz que abrió el camino (2017).

Durante años tuve una frase que me hacía ruido en la cabeza. Quería decirle a la gente que el dolor no da risa y que nuestra existencia no es un chiste: “No soy tu chiste”, se llama el proyecto que empecé en el año 2013. *No soy tu chiste* es una colección de 50 ilustraciones digitales. Utilicé esta herramienta porque, a diferencia de lo que me pasó cuando tenía 15 años, si una persona trata de destrozar mi trabajo, lo puedo reemplazar. Entonces aprendí que el arte también es frágil y mucha gente destruye arte alrededor del mundo porque es una forma de silenciar las ideas que presenta. Mi trabajo sufrió muchos ataques y lo sigue sufriendo, pero el espíritu de mi trabajo es indestructible porque es digital. Si alguien destruye uno de mis afiches, yo puedo reproducirlo otra vez porque es una idea que no puedes destruir, eso es *activismo*.

No soy tu chiste está compuesta de 50 frases que utilicé personalmente en algún momento para defenderme. Son realmente 50 posturas que salieron de poemas y relatos que escribí. Mi trabajo busca luchar contra estereotipos que se instalan. Y ahora que estamos hablando de sesgos cognitivos, me parece importante mencionarlo.

Publiqué mis afiches en Tumblr, Twitter, Facebook e Instagram, esperando que quizá cambiara algo en mi barrio o entre la gente que leía mi blog, pero lo que pasó fue que empecé a recibir mensajes de personas en Estados Unidos, en Canadá, en Rusia, en India, diciéndome “Quiero esto en mi idioma”. Y así, *No soy tu chiste*, gracias al trabajo y a la suma de mucha gente desconocida alrededor del mundo, está en este momento traducido en veinte idiomas, y sigue creciendo.

Para mí es muy poderoso transmitir un mensaje en un formato que no sea censurable, porque crecí en un sitio donde los medios de comunicación están completamente censurados. Todos sabemos que, en tiempos de crisis, la creatividad surge en todas las expresiones artísticas. El teatro caraqueño, por ejemplo, se ha convertido en un fenómeno en Venezuela en este momento, pues está viviendo quizá su mejor momento creativo desde los ochenta (aunque sin los mismos recursos), porque es uno de los pocos medios de expresión que no está intervenido y donde muchos artistas aún encuentran libertad. Creo que actores, actrices y las personas venezolanas que dirigen teatro son muy valientes, pues hay que ser valientes para ser artistas en tiempos autoritarios. El arte sirve para comunicar ideas, permite crear símbolos y relatos que nos posibiliten reconocernos en la cultura.

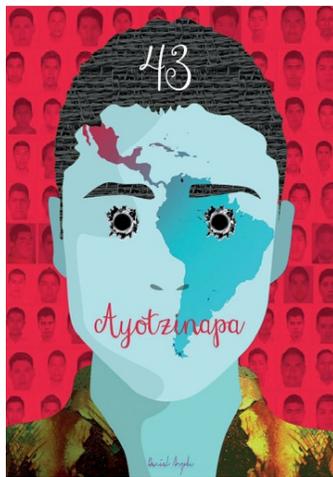


Figura 2. Ayotzinapa.

Para mí esto es lo que significa artivismo: una forma de utilizar o pensar el arte, de hacer creaciones artísticas o manifestaciones creativas, para representar en el espacio público relatos que suelen ser excluidos, realidades que no suelen ser representadas. Donde crecí, ser yo era sinónimo de ser un payaso, y lamentablemente terminas viviendo en una sociedad que no te toma en serio. Aun así, cuando personas de otras realidades entraban en contacto conmigo —y mientras más se viralizaba mi trabajo— yo seguía en mi ciudad en Venezuela, escuchando disparos en la noche, sin comida en los mercados, sin medicinas.

Lo que pasaba en Venezuela estaba afectando mi vida y para mí era importante poder transmitirlo, pero desde un lenguaje artístico. Aprovecho aquí para hacer la diferencia entre el activismo tradicional y el artivismo: el activismo necesita de la presencia del activista, necesita de la palabra, del discurso; mientras que el artivismo no

apela al discurso ni a la palabra; apela a la emoción, y no hace falta que yo entienda algo para sentirlo.

Mi realidad cambió gracias a mi trabajo. Un día una persona compartió en Twitter mi trabajo y dijo: “Este trabajo no es una broma, amo esto”. Esa persona fue Madonna. En ese momento mi vida cambió para siempre porque, por primera vez, el mundo me notó; notó que había alguien que tenía algo que decir. Todos querían saber por qué Madonna había compartido mi trabajo en Twitter y esto me permitió exponer la homofobia sistémica, no solamente de la sociedad, sino también del Estado, que construye narrativas discursivas e ideológicas denigrando la sexualidad y presentándola como un defecto.

Esto me dio visibilidad, pero también me expuso a un montón de amenazas. Por ello, en 2014 hice un balance de la situación en mi país y la realidad era que tenía varios amigos presos y asesinados. Me ofrecieron irme a Holanda y fue entonces cuando salí de Venezuela. Tomé la decisión y desde entonces no he regresado. No puedo regresar.

La figura 1 es una muestra de mi primera exposición permanente: un mural de 14 metros que está en la línea H del subterráneo de Buenos Aires, en la estación Carlos Jáuregui. Es la primera estación en tener el nombre de un activista de derechos humanos en el mundo: Carlos Jáuregui fue el presidente de la *Federación Homosexual Argentina* en los años ochenta. Si alguna vez van para Buenos Aires se pueden observar las intervenciones que hice en las escaleras y los balcones.

Mi trabajo también me ha permitido intervenir algunos pasos de otros países, como Montevideo en Uruguay, y finalmente ir a ciudades de artistas que me influyeron. En 2017 tuve la oportunidad de montar una exposición en el metro de Nueva York y mis camisetas fueron la imagen oficial del orgullo gay y de la comunidad LGBTQ+ de Nueva York.



Figura 3. En memoria a Marielle Franco

Yo defino el artivismo como un lenguaje que nos permite reconocernos e identificarnos en la cultura, porque cuando creces en una cultura donde no puedes

sentirte identificado, tu identidad es un constructo de fragmentos que tienes que armar tú mismo, de manera muy dolorosa, y a veces nos tardamos toda una vida en poder reconocerlos y reconocernos en ellos. Eso es lo que trato de hacer con mi trabajo. Mi intención es tratar de contar historias que no puedan ser destruidas fácilmente y que puedan permitir a las personas utilizarlas para representar sus luchas.

Quiero finalizar compartiendo un par de obras, que son dos casos que me duelen en el cuerpo y en el continente: la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa (figura 2) y la demanda de justicia por el asesinato de la activista de la comunidad LGBTQ+ Marielle Franco en Brasil (figura 3). Marielle está siempre presente. Si no rompemos el ciclo de la violencia, el ciclo de la violencia nos romperá a nosotros.

Me llamo Daniel Arzola y soy activista.

¹ Daniel Arzola es artista visual y activista social venezolano que trabaja por los derechos de la población LGTBTTQ+.